

Polonia fué poniendo las cosas hasta reducirla á provincia rusa, mientras Napoleon estuvo en escena se dejó la ficción de su soberanía en pié, tolerando la celebración de sus fiestas patrióticas y la existencia de un ejército polaco, tanto que engañado el mismo Kociuzsko escribió al tsar invitándole á que se proclamase rey de Polonia y diera una constitución al país, contestándole Alejandro que él sabría demostrar á los polacos que su pretendido enemigo sabría llenar sus deseos. Pero tan pronto en Viena se dió por arreglada la cuestión polonesa, todo cambió de aspecto, y Kociuzsko fué el primero en comprender que se les había burlado; sin embargo, Kociuzsko quería que se aceptase lo que se les daba y no se contestase á lo que se les concedía con exigencias, y sobre todo reclamando una independencia que no había ninguna probabilidad de conseguir.

Alejandro para ponerse en regla con los poloneses, dirigió el 25 de Mayo de 1815 una proclama á los poloneses prometiéndoles el uso oficial de su lengua, la separación de su ejército y de su administración, del ejército y administración rusas, todo bajo la base de oficiales y funcionarios indígenas, la libertad de comercio, una Constitución y favorecer cuanto fuera dable las relaciones entre las antiguas partes de Polonia. Todas estas promesas aún cuando algo cercenadas, se vieron cumplidas á últimos de año, que fué cuando el proyecto constitucional tomó forma definitiva en manos de Novosilzov. Pero tal cual se presentó, dice Gervinius, «fué acogido con entusiasmo en Polonia y en el extranjero, porque, según su tenor, concedía las condiciones esenciales de la libertad nacional, es decir, ministros responsables, jueces independientes, una prensa libre, el libre ejercicio de la religión, etc.» Sin embargo, el partido patriota no se dió por satisfecho, á este partido no se le podía satisfacer sino con la independencia absoluta, y aún practicada sinceramente la Constitución de Novosilzov la revolución hubiera estallado en su día. Censurar en absoluto á los patriotas poloneses porque no renunciaron definitivamente á la reconstitución de su patria, no podemos hacerlo. Tales renunciaciones tienen en la historia, cuando se hacen, el nombre de apostasías ó de traiciones, sólo el tiempo puede hacer de tan sagrada aspiración de un pueblo un recuerdo.

Favorecer, pues, la acción del tiempo, era lo que se imponía á los rusos, y lo mejor que estos hubiesen podido hacer ya que Kociuzsko se negaba á regresar á su patria, era nombrar á Czartoryski gobernador de Polonia.

Czartoryski destituido ó separado del ministerio de Estado por exigencias de Napoleon, y sin embargo, siempre el amigo y consejero del tsar, jefe en su nueva situación de la instrucción pública en Polonia que dirigió con gran espíritu nacionalista hasta el punto de que Novosilzov declaró que con sus medidas y con las escuelas que fundó, auxiliado por el conde Tadeo Czacki habría retrasado de un siglo la obra de la fusión de la juventud rusa y de la alemana, Czartoryski que reaparece en su antiguo punto al lado de Alejandro en 1812, que en Viena discute los asuntos de Polonia como ministro, Czartoryski era el hombre que convenía á Rusia y á Polonia; pero las desconfianzas de los rusos se impusieron en los consejos del tsar, y al nombrarse al gobernador de Polonia ni siquiera se hizo mención del amigo de Alejandro: el puesto que de derecho le convenía se confió al anciano y enfermizo general Zaliónczek de quien no se había de temer una acción independiente. A este jefe se le dió un gobierno ó consejo de ministros de gente pacata y poco amiga de novedades, y por si esto no fuera bastante se puso al lado de estos ministros inofensivos un plenipotenciario ruso como antes, encargado de vigilar su conducta y con poderes para detener el cumplimiento de todas aquellas leyes ó disposiciones que pudieran parecer peligrosas para Rusia. El plenipotenciario fué el autor de la Constitución Novosilzov, el constante adversario de los poloneses. Y como si la presencia de este plenipotenciario en el seno del gabinete polaco no fuera bastante, puesto que en él hablaba en nombre del tsar, se puso al frente del ejército polaco al gran duque Constantino. Constantino, verdadero regente del país, procuró desde luego hacerse suya la plana mayor del ejército practicando el sistema de corrupción rusa, dice Gervinius, pero en verdad era tan ruso como polaco, pues en Varsovia la moral no tenía por que sonrojarse de su hermana la moral de San Petersburg.

Si con tales hombres al frente del gobierno había más que motivo suficiente para dudar de que la Constitución polaca fuera nunca una verdad y se principió ya á renunciar á la idea de ver un día reunidos los representantes del pueblo polaco, júzguese de lo que había de suceder al ver á Stein, á Lanskoï, á Pozzo, etc., aconsejar al tsar que desconfiara del pueblo polaco, que no era de esperar de ellos lo que Austria podía esperar de Hungría, país adquirido por herencia, etc. Esta oposición no impidió que la Constitución se promulgase, pero la Constitución no entró en vigor hasta 1818. Pero

apenas se hizo su ensayo que ya se desata contra ella la misma oposición que se había hecho á su promulgación. El general Miguel Orlov y Karamsina fueron ahora los jefes de la oposición.

Alejandro, aun tal vez conociendo que las profecías que se hacían no estaban destituidas de fundamento, no sólo permitió sino que reconoció que lo que acababa de hacer en Polonia le obligaba para con Rusia, y esto lo declaró solemnemente al abrir las sesiones de la primera Dieta polonesa en 27 de Marzo de 1818.

Las sesiones de la Dieta transcurrieron sin tropiezo alguno y con la mayor armonía con la corona. No parecía sino un Parlamento viejo en una vieja nación constitucional. Todo el mundo estaba encantado, y de París á San Petersburg se puso á las nubes el espíritu liberal y constitucional del emperador de Rusia.

Cuando Alejandro marchó á Aquisgran, fué ya allí algo inquieto. La Dieta polaca en su segunda legislatura se había permitido criticar algunos actos inconstitucionales de los ministros que se apresuraba á excusar reconociendo la inexperiencia constitucional de los ministros, pero ya esto le pareció á Alejandro un colmo y procuró desautorizar lo hecho por la Dieta. Cuando, pues, en Aquisgran pudo enterarse Alejandro de la situación política de Alemania y de Francia, sus desconfianzas se hicieron recelosas, y el príncipe liberal se cambió en un príncipe retrógrado, y su horror por la libertad fué creciendo al compás de los sucesos políticos de que ya hemos hablado. Si la muerte de Kotzebue, su complaciente servidor, si la tentativa de asesinato contra Ihell le sobreexcitaron fuera de medida, la revolución de España le decidió. La reacción tenía en Europa ya su centro en el colosal imperio de Alejandro.

Este imperio estaba trabajado, sin embargo, como el resto de Europa, por las sociedades secretas, que tenían igualmente por base los militares que habían hecho la guerra en Alemania y Francia; de modo que al ir á combatir en París la revolución, lo que hizo Rusia fué ir á buscar los gérmenes revolucionarios que desde entonces la han agitado. La agitación liberal, sin embargo, tenía también como en Alemania otro de sus centros en la gente de letras.

Polonia, la antigua Polonia, con su universidad de Varsovia recientemente fundada,—19 de Enero de 1817,—y las antiguas universidades de Cracovia, Vilna y Posen, representaba las dos tendencias literarias en lucha en todas partes. Las dos primeras

representaban la dirección clásica francesa; las otras dos la dirección romántica, sobre todo Vilna, en donde reinaba el romanticismo alemán. Lelevel, discípulo de las universidades alemanas, fué quien desde 1818 imprimió un gran vuelo al estudio de las ciencias morales, y junto con Mickiewicz fueron los principales propagadores de ese espíritu liberal que preparó á Polonia para su ulterior revolución.

En Rusia, en San Petersburg, la literatura política francesa, las obras de Benjamín Constant eran tan conocidas como en París. Poco después de la paz, Nicolás Tourguenev, en su libro, suprimido en 1825, sobre la *Teoría de los impuestos*, presentaba las instituciones inglesas como modelos que debían seguirse, atacando rudamente la servidumbre, de cuya abolición hizo el objeto de su vida. La atrevida frivolidad con que lord Byron exhalaba su rabia contra las costumbres y preocupaciones aristocráticas y monárquicas de que no podían triunfar los individuos, encontraba un eco natural en los corazones de los liberales rusos. Sus obras se devoraban y se imitaban. Fué el genio de Byron el que dió su carácter particular á toda la escuela de poetas rusos desde Pouchkine, de la misma manera que había ejercido igual influencia en los poetas polacos.

»El conde Potocki, que leía mucho, llevó hasta al Consejo de Estado y hasta á la antesala del despacho del emperador, las nuevas obras del poeta inglés, su *Siglo de bronce*, que zurriagaba, con amarga sátira, al emperador, sus alianzas y sus congresos y que los consejeros de Estado gustaban leer durante sus sesiones. Hacían circular, manuscrita, una literatura toda nueva de canciones políticas y epigramas que se difundía con gran celo. En el espacio de tres meses, se dice que se sacaron diez mil copias de una comedia democrática y nacional, intitulada *Goudina*. Cual era el espíritu reinante en esas jóvenes poesías y en esos jóvenes poetas, es lo que se puede suponer según las indicaciones siguientes: por haber escrito Pouchkine su *Oda á la libertad*, fué desterrado, y su imitador Ryleyer, fué la desgraciada víctima de la conspiración militar, en la cual estaba también complicado su amigo Alejandro Bertonchev con sus tres hermanos. Ryleyer y su hermano Nicolás formaban parte igualmente del gran número de esos oficiales, poetas y escritores, tales como Fedor Glinka, el príncipe Odayevski, Rosen, Kúchelbecker y otros que tomaron todos parte en la sublevación.»

Años antes de la explosión de tan sangrienta catástrofe, esa juventud ilustrada, impuesta de la miseria de su patria y de la ignominia de su go-

bierno, se concentraba en sociedades secretas, pues aún aquellas que no tenían por fin inmediato la acción en el terreno político, trabajaban con fe por las ideas liberales y constitucionales.

Principió este movimiento en 1817 con la sociedad del *Bien público*, que no tiene historia; tampoco la tienen las que se formaron en San Petersburg entre los regimientos de su guarnición, y presidió el príncipe Obolenski; Tourguenev, Orlov y Mamonov quisieron formar á su vez una sin resultado, y

eso que «los tres eran masones y hombres de carácter desinteresado como suelen encontrarse pocos, Tourguenev estaba entregado por entero á sus estudios relativos á las reformas y á los medios de realizarlas: Mamonov era un patriota ardiente que, en 1812, había hecho sacrificios enormes; el general Orlov era un filántropo de una imaginación fácil de excitar» que gastó grandes sumas de su peculio para fundar escuelas. Pero al fin todas las tentativas hechas sin resultado en 1817 para fundar una socie-



ROYER COLLARD

dad secreta dieron su fruto al año siguiente, que fué cuando se organizó la *Unión del bien público*, bajo bases parecidas á las *Tugendbund* alemanes. El objeto de esta asociación era empujar al gobierno por el camino de las reformas, darle su apoyo moral, á cuyo fin se le presentó al emperador el proyecto de un diario político consagrado á su defensa, y hasta se pensó en revelar el secreto de la existencia de la sociedad á lo que les empujaba el apoyo resuelto que por este tiempo encontraba en Alejandro todo lo que era liberal.

De esta sociedad, inofensiva como acabamos de ver, formaban parte los hermanos Mouraviev. El príncipe Troubetzkoï era su gran propagandista y él fué quien metió en ella á Tourguenev á últimos de 1819, pero el gran economista y patriota, viendo los medios anodinos de que disponía la sociedad, se

hubiera salido de ella desde el primer día, si no encontrara entre sus miembros una sociedad intelectual que en vano hubiera buscado en otra parte y si no contara ganarles á su plan de la abolición de la servidumbre.

«Durante el curso de 1820, el espíritu sedicioso de los soldados en los países latinos, parecía propagarse directamente hasta Rusia, cuando la conducta brutal de un nuevo coronel de la guardia, Samonov, á propósito de la reorganización de ese regimiento, fué causa de que fueran separados del mismo dos hermanos llamados Mouraviev-Aportol, de quienes, Sergio, era un apóstol entusiasta de la libertad, hombre semisalvaje y semicivilizado, que fué uno de los más atrevidos conspiradores de 1825. También atribuyó el emperador la agitación que se dejó sentir en un regimiento del cual era jefe, á



Clero ruso